

Veamos cómo se condujeron los que sucedieron á Tarik y á Muza en el gobierno de España <sup>(1)</sup>.

tando á Tarik en el consejo de oficiales á que se apresurára á apoderarse de Toledo, los otros le hacen servir de guia á Muza desde su desembarco y en casi toda la expedición: otros, y son los mas, guardan profundo silencio. El Páense dice que Muza condenó á muerte á varios nobles de Toledo por causa de Oppas que se habia fugado de la ciudad: *per Oppam... á Toledo fugam arripientem*: lo cual probaria que los árabes no habian correspondido muy bien con los mismos que los invitaron ó auxiliaron en la empresa de la conquista. De todos modos la suerte de la familia de Witiza ha que-

do envuelta en bastante misterio.

(1) Fuera largo enumerar las inexactitudes que cometió Mariana, privado de muchos documentos posteriores, en los capítulos que destina á la narración de estos sucesos. Su mismo ilustrador, el doctor Sabau y Blanco, nota ya bastantes; y al llegar al cap. 25 del libro VI. dice: «Los cronicones antiguos no hablan nada de lo que refiere Mariana en este capítulo, ni sabemos de dónde tomó estas noticias.» Hay errores evidentes de fechas, de nombres y de hechos.

## CAPITULO II.

### GOBIERNO DE LOS PRIMEROS EMIRES.

De 713 á 732.

Abdelaziz.—Regulariza la administración de España.—Su tolerancia con los cristianos.—Cásase con la reina viuda de Rodrigo.—Hácese sospechoso á los musulmanes.—Muere asesinado de orden del emir de Africa.—Breve y justo gobierno de Ayub.—Traslada el asiento del gobierno de Sevilla á Córdoba.—El Horr.—Primera invasión de los árabes en la Galia.—Toma de Narbona.—Es depuesto el Horr por sus exacciones.—Alzama.—Hace una estadística de España.—Es derrotado en Tolosa de Francia.—Prudente y equitativo gobierno de Ambiza.—Conquista toda la Septimania.—Otros emires de España.—Castigo de sus tiranías.—Abderrahman.—Rebelion de Muzuza y su término.—Famosa batalla de Poitiers.—Carlos Martell.—Gran derrota del ejército sarraceno y muerte de Abderrahman.

Encargado Abdelaziz del gobierno de España, y habiendo fijado su asiento en Sevilla, dedicóse á regularizar la administración de las ciudades sometidas; nombró perceptores ó recaudadores de los impuestos, que por regla general consistian en el quinto de las rentas, si bien le rebajó hasta el diezmo á algunas

poblaciones y distritos; creó un consejo ó divan, con el cual compartía la dirección de los negocios de España; estableció magistrados con el nombre de alcaldes; dejó á los españoles sus jueces, sus obispos, sus sacerdotes, sus templos y sus ritos, de tal manera que los vencidos no eran tanto esclavos como tributarios de los vencedores. Indulgencia admirable, ni usada en las anteriores conquistas, ni esperada de tales conquistadores. Los que así quedaban y vivían, denomináronse *Mostárabes* ó *Mozárabes*, nombre ya de antes usado en otros países por el pueblo vencedor.

Habíase señalado ya Abdelaziz por su clemencia y su moderación para con los cristianos. Una circunstancia notable vino á hacer todavía mas suave la suerte y condicion de los vencidos bajo el gobierno del jóven emir <sup>(1)</sup>, á estrechar mas las relaciones entre árabes é indígenas, si bien fué al propio tiempo la causa de su ruina y perdición.

Dijimos en el anterior capítulo, que entre los prisioneros hechos en Mérida, se hallaba la reina Egilona, la viuda del desventurado Rodrigo. Era jóven y bella, Abdelaziz lo era también, y prendóse apasionadamente de su ilustre y hermosa cautiva. El gene-

(1) Dábase indistintamente á los gobernadores de España los títulos de *emir* y de *wali*, que equivalía á *príncipe*, *dux*, *gefe* ó *gobernador*. El emirato de España era una dependencia ó como vicariato del de Africa, que tenía su asiento en la moderna Cairwan, y este á su vez dependía del califato de Damasco. Abdelaziz antes de venir á España había desempeñado el emirato de Cairwan.

roso hijo de Muza logró hacerse amar de la viuda del último monarca godo, y con sorpresa de musulmanes y cristianos, los que comenzaron por amantes se convirtieron luego en esposos. Abdelaziz no exigió de Egilona que abrazase el islamismo, la permitió seguir siendo cristiana, y le dió el nombre árabe de *Ommalisam*, que quiere decir *la de los lindos collares*. Desde entonces por amor á su nueva esposa, fueron en aumento las consideraciones del ya tolerante emir para con los cristianos, al paso que se hizo sospechoso á los fervorosos musulmanes, que murmuraban la mansedumbre con que trataba á los pueblos conquistados, tan opuesta al rigor que con ellos había empleado su padre. Suponíanle ya algunos traidor á la fé del Islam, avanzando á decir que en secreto se había hecho idólatra, que así llamaban ellos á los cristianos <sup>(1)</sup>. Atribuíanlo todo al influjo de Egilona la infiel, muger ambiciosa y de corazón altivo, y añadian que todas las mañanas colocaba en la cabeza de Abdelaziz una corona semejante á la que llevaba su primer marido Ruderik el romano, como para incitarle á que se alzara con el señorío de España <sup>(2)</sup>.

Tales rumores fueron tomando consistencia, pasaron los mares y llegaron hasta el califa Suleiman, sucesor de Walid, hombre orgulloso y sombrío, que

(1) Faustino Borbon, en sus *Cartas para ilustrar la Historia de la España árabe*, intenta probar con el testimonio de algunos autores árabes, que Abdelaziz había realmente abrazado el cristianismo.

(2) Isid. Pacens., Cron. n. 42.

irritado ya contra el padre de Abdelaziz, y temiendo el resentimiento de sus hijos, emires todos tres, los dos en Africa y el uno en España, acogió con avidez la acusacion y resolvió deshacerse de todos. La orden de muerte para Abdelaziz la comunicó á los cinco principales caudillos de esta tierra. El primero que la recibió fué Habib ben Obeidah el Febri <sup>(1)</sup>, el mas fiel amigo y compañero de Abdelaziz. Grande fué la afliccion de Habib. «¿Es posible, exclamó, que la envidia y el odio paguen de esta manera los mas gloriosos servicios? Pero Dios es justo, y nos manda obedecer al Califa.» Tal era el deber de un musulman sumiso, y Habib se resignó.

Habitaba Abdelaziz una casa de recreo en las afueras de Sevilla; á su lado habia hecho construir una mezquita donde se congregaba el pueblo á la oracion. Resueltos los cinco gefes á ejecutar las órdenes del Califa, entraron una mañana en la mezquita, conducidos por Zeyad, cuando el desventurado y desprevenido Abdelaziz rezaba la oracion del alba. Echáronse sobre él los conjurados, y aunque muchos amigos pugnaron todavía por defenderle, acribilláronle con sus lanzas (año 97 de la hegira, 715 y 716 de J. C.) Cortáronle la cabeza, y enterraron su cuer-

(1) *Habib* era el nombre personal: *ben* significa hijo; *ben Obeidah* hijo de Obeidah; *el Febri* es el patronímico de la tribu. Este mismo orden siguen generalmente los árabes en todos los nombres. A veces citan los de muchos de sus abuelos, para lo cual no hacen sino añadir á cada uno de ellos el *ben*. Es como el *filius* de la Biblia, en que se observa también la misma costumbre.

po en el patio de la casa. La cabeza alcanforada la enviaron al califa de Damasco. Tocóle á Habib ser el conductor del funesto presente. Cuéntase que habiendo llegado Muza al palacio del Califa al tiempo que éste examinaba la cabeza de su víctima, tuvo la horrible crueldad de preguntarle: «¿Conoces, Muza, esta cabeza?—Si, contestó altivamente el anciano wali, la reconozco: la maldicion de Dios caiga sobre el asesino de mi hijo, que valia mas que él.» Y salió del palacio, y partió para Waltichora, su patria, donde á poco tiempo murió oprimido de pesar. Los hermanos de Abdelaziz sufrieron la misma suerte que él. Justo castigo, dicen los cronistas cristianos, con que Dios hizo espiar á Muza sus crueldades para con los fieles: indigna recompensa, dicen los escritores árabes, de los distinguidos servicios que habia prestado al imperio tan noble familia <sup>(1)</sup>.

Abdelaziz habia gobernado la España con prudencia cerca de diez y ocho meses. En las inmediaciones de Antequera hay un valle que llaman todavía de Abdalaziz, nombre sin duda conservado por los árabes en memoria de aquel desgraciado emir. Ignórase lo que fué de Egilona. Parece que la Providencia quiso cubrir con el velo de la oscuridad el término de los principales personajes godos de la última fa-

(1) Tarik murió también, como Muza, en la oscuridad y en la desgracia. Parecía destino de los conquistadores de España perecer ingratamente recompensados por sus pueblos. Anibal y Escipion, Muza y Tarik, todos tuvieron un fin poco digno de sus gloriosos hechos.

milia real. En cuanto á Teodomiro, al tiempo que la cabeza de Abdelaziz le fué enviada al Califa, despachó tambien emisarios para suplicar á Suleiman que respetára las estipulaciones hechas con el emir, y consiguió que el Califa las mandára observar.

No habia nombrado el Califa sucesor á Abdelaziz. En su virtud reuniéronse en consejo los principales caudillos, y eligieron walí á Ayub ben Habib el Gáhmí, primo hermano de Abdelaziz, guerrero experimentado y administrador entendido. Trasladó el nuevo emir el asiento del gobierno á Córdoba, como punto mas central. Dividió la Península en cuatro grandes partes, con los nombres de Norte, Mediodía, Oriente y Occidente <sup>(1)</sup>. Visitó á Toledo y Zaragoza, oyó las quejas de los pueblos sobre las injusticias de los alcaides y gobernadores, destituyó á muchos, puso orden en la administracion, y se captó el afecto de cristianos, judíos y musulmanes. Entre Toledo y Zaragoza, y sobre las ruinas de la antigua Bilbilis, erigió una fortaleza, que se llamó *Calat-Ayub*, castillo de Ayub <sup>(2)</sup>. Ibanse reparando en lo posible los desastres de la guerra, pero gozó poco tiempo España las ventajas de un gobierno reparador. Depúsole el Califa por ser pariente de Muza, y nombró en su lugar á Alhaur ben Abderrahman, llamado comun-

(1) *Al Guf, al Keblah, al Sharkyah, y al Garb.* Conserva todavia este último nombre una de las provincias occidentales de la Península, en lo que es hoy Portugal.

(2) Fundóse allí despues la ciudad que actualmente se nombra Calatayud.

mente El Horr, y Alahor en nuestras crónicas cristianas <sup>(1)</sup>.

Violento y duro el nuevo emir, hizo pesar una opresion igualmente ruda sobre cristianos y musulmanes. Belicoso y emprendedor, fué el primero que se atrevió á llevar las armas sarracenas del otro lado de los Pirineos, ó por lo menos el primero que al frente de una expedicion formal franqueó la barrera oriental de aquellas montañas y penetró en la Galia Gótica, en aquella Septimania que habia constituido una parte integrante del reino godo-hispano, y que despues de la catástrofe habia tenido que ponerse bajo la tutela de los duques de Aquitania. Habíase refugiado en ella gran número de cristianos de la Península. Difundió El Horr el espanto por aquellos ricos y semi-abandonados paises. Narbona no pudo resistir al ímpetu de las huestes sarracenas, y la antigua capital de la Septimania gótica, fué convertida en capital de la Septimania árabe. Por espacio de tres años recorrió, segun algunos, por un lado hasta Nimes y el

(1) Debemos advertir, que en cuanto á los nombres árabes, asi de personas como de pueblos, de empleos, dignidades, instituciones, etc., los escribiremos muchas veces con la ortografia ó mas usada de nuestros cronistas é historiadores, ó mas acomodada á la pronunciacion castellana, sin que por eso dejemos muchas veces y respecto á los mas importantes, de poner á su lado la tecnologia árabe, segun que la vemos usada por los mas doctos orientalistas. Asi lo hemos hecho con muchos nombres romanos y góticos. Nos acomodamos tambien en esto á la práctica de Conde, y creemos que de otro modo no seria fácil á muchos lectores hallar la identidad de una gran porcion de estos nombres con los que estarán acostumbrados á leer en nuestras antiguas historias.

Ródano, por otro hasta el Garona, hasta que le obligó á regresar la noticia de una victoria de los cristianos del Norte de la Península sobre un ejército musulmán.

Debió ser el primer triunfo de los refugiados en Asturias, suceso de que daremos cuenta en lugar separado, así por merecerlo su importancia, como por no interrumpir la narración cronológica de lo que acontecía en todo el resto de España.

Las injustas exacciones de El Horr y sus violencias contra los alcaldes y walíes que no se prestaban á cooperar á sus iniquidades, sobre todo contra los moros y berberiscos, levantaron contra él universal clamor, y movieron al califa Yezid á enviar en su reemplazo á Alsamah ben Melek, el Zama de nuestras crónicas (720), que se consagró á reparar los males causados por la avidez y la dureza de su predecesor. Hábil y entendido en administración Alzama, arregló los tributos, hizo una distribución por suerte de los bienes que habían quedado sin dueños, estudió las provincias, y fué el primero que hizo y envió al califa una estadística de la población del país y sus riquezas de todo género, con una descripción de sus ciudades, sus ríos, sus costas y sus puertos.

Guerrero también Alsamah como todo buen musulmán de aquel tiempo, no quiso ceder en gloria militar á ninguno de sus predecesores, y con numerosa hueste avanzó, no ya solo á la Septimania, sino

á la Aquitania misma, centro de los vastos dominios del conde Eudon, y puso cerco á Tolosa. A punto de rendirse estaba ya la ciudad, cuando acudió Eudon con un ejército considerable. La muchedumbre de los enemigos era tanta, dice un historiador árabe, que el polvo que levantaba con sus pies oscurecía el cielo. Los dos ejércitos se acometieron con el ímpetu de dos torrentes que bajan de las cumbres: dudosa estuvo mucho tiempo la batalla: corría Alzama á todas partes como un bravo león; cuando levantaba su espada, fluía la sangre y destilaba por su brazo: pero la lanza de un cristiano le atravesó el cuerpo y le dió el martirio. Con esto desmayó la caballería árabe; el campo quedó sembrado de cadáveres, y los restos del desbaratado ejército se retiraron á Narbona, y nombraron su jefe y emir al valiente Abderrahman el Gafeki (721), cuya elección confirmó el emir superior de Africa.

No hizo poco Abderrahman en contener á los cristianos de la Galia, y en reprimir á los de la frontera oriental española, que alentados con el triunfo de sus correligionarios de Tolosa se habían removido y alterado. Perdió á Abderrahman su excesiva liberalidad para con los soldados; repartía todo el botín, sin exceptuar más que el quinto que la ley mandaba reservar para el califa: amábale con esto las tropas, pero los jefes le representaron como corrompedor de las costumbres frugales y sencillas de los mu-

sulmanes, y bastó para que el emir de Africa le reemplazara con Ambiza ben Sehim, de su misma tribu y familia.

Casi todos los emires comenzaban por organizar la administracion. Ambiza hizo una nueva y equitativa distribucion de los terrenos baldíos entre los veteranos del ejército y los musulmanes pobres que acudian á establecerse en España. Recargaba ó aliviaba el impuesto á las poblaciones, segun era mayor su sumoisin ó su resistencia á recibir la ley del islam. Hacia constantemente justicia á todos, sin mirar que fuesen musulmanes ó cristianos, y cuando visitaba las provincias llenábanle los pueblos de bendiciones. Propúsose despues vengar el desastre de Tolosa, é invadió resueltamente la Galia gótica. Carcasona, Beziers, Agda, Magalona, Nimes, todas las ciudades de la Septimania, ademas de Narbona que pertenecia ya á los árabes, cayeron en su poder. Penetró hasta el Ródano y tomó á Lyon; avanzó á la Borgoña, y saqueó á Autun. La conducta de los conquistadores de la Galia era casi idéntica á la que habían observado en España. No imponian el islamismo; dejaban á los cristianos su culto, y el tributo á que los sujetaban era mas ó menos crecido segun la mayor ó menor resistencia de los pueblos conquistados. Murió no obstante allí Ambiza de resultas de heridas recibidas en un combate (725), designando antes de morir para sucederle á Hodeirah ben Abdallah, cuyo nombra-

miento no fué ratificado por el emir de Africa, el cual envió en su lugar á Yahia ben Salemah, hábil y bravo general, pero de un rigor inflexible (1).

Agriados por la severidad de Yahia los mismos gefes que habían influido en su nombramiento pidieron luego su destitucion, y el emir de Africa condescendiendo á los caprichos de aquellos caudillos, les dió á Hodeifa ben Alhaus, hombre sin talento, que solo pudo sostenerse algunos meses, y hubo de ser reemplazado por Othman ben Abu Neza, el Mu nuza de las crónicas cristianas, que á su vez fué pronto víctima de la inconstancia de aquellos turbulentos y descontentadizos gefes, y sustituido á los seis meses por Alhaitam ben Obeid.

Desacertada eleccion fué tambien la de Alhaitam. Su avaricia y sus tiranías con musulmanes y cristianos, sus tormentos, suplicios y confiscaciones le hicieron tan aborrecible, que informado el gobierno de Damasco de sus excesos, hubo de despachar á España á Mohamed ben Abdallah con la mision de averiguar lo que de cierto hubiese en los desmanes que se atribuian al emir, y de imponerle el conveniente castigo si resultase culpable. Poco trabajo le costó al enviado apurar la verdad: públicas eran sus vejaciones: el tirano fué preso; y despojado de sus insignias de gefe, con la cabeza desnuda y las manos atadas á la

(1) Isid. Pacens. Chron. 53.—kari.—Conde, cap. 22.  
Cron. de Moissac.—Ahmed Al Ma-

espalda, hízole pasear montado en un asno por las calles de Córdoba, teatro principal de sus maldades, embarcándole en seguida cargado de cadenas á Africa á disposicion del emir (728). Asi vigilaban los califas de Damasco por la suerte de su nueva dependencia de España, siempre que á tan larga distancia podian llegar las quejas de los oprimidos. Dos meses permaneció Mohamed en España gobernando con justicia y equidad, al cabo de los cuales partió dejando nombrado walí al guerrero Abderrahmán, aquel mismo que por su escesiva liberalidad para con los soldados habia sido antes depuesto. Recibido fué este nombramiento con general aplauso: solo los berberiscos vieron con enojo su elevacion, porque como árabe que era, distinguia y apreciaba con preferencia á los de su raza. Munuza el africano, revoltoso y altivo, tramó pronto una traicion contra el gefe de pura raza árabe.

Muchas injusticias reparó Abderrahman; afable y justo con cristianos y musulimes, depuso á los alcaldes opresores, y los reemplazó con otros de conocida probidad; restituyó á los cristianos las iglesias que les habian quitado faltando á las estipulaciones, y destruyó las que por soborno y á precio de oro habian permitido levantar de nuevo algunos gobernadores. Empleó los dos años primeros en reconocer y visitar las provincias; y en restablecer el orden por todas partes. Pero lo que hizo célebre á Abderrahman fué

su famosa expedicion de la Galia, aunque de fatal resultado para él y para los árabes. Extraordinarios fueron los preparativos; tribus enteras de Arabia, de Siria, de Egipto y de Africa vinieron á España á alistarse bajo las banderas de Abderrahman para la guerra santa; pero antes de emprenderla, érale preciso al emir deshacerse de Munuza, que envidioso de sus glorias, y de carácter inquieto y díscolo, pero belicoso y bravo, se habia aliado con Eudon, duque de Aquitania, y casándose con su hija. Abderrahman conoció lo que podia temer de Munuza, que ambicionaba su puesto, si le daba lugar de encender una guerra civil entre los musulmanes, de concierto con su aliado. Despacha pues á un gefe sirio llamado Gedhi ben Zeyan, con orden espresa de buscar á Munuza y traérsele vivo ó muerto. Gedhi en cumplimiento de su mision marcha al frente de un fuerte destacamento hácia la residencia de Munuza: apenas tuvo este tiempo para huir con su esposa Lampegia; Gedhi le persigue por los desfiladeros de las montañas: Munuza fatigado se detiene á reposar en un fresco y frondoso valle al pie de una fuente de agua viva que desgababa de una roca: el murmullo de las aguas y las caricias de su cautiva bien amada, como la llama el autor árabe, no le permiten oír el ruido de los pasos de su perseguidor: Munuza es sorprendido, Gedhi se apodera de Lampegia, Munuza cae á los golpes de las lanzas, córtanle la cabeza, y llevan ambos presentes

á Abderrahman. Admirado quedó el emir de la hermosura de Lampegia; la cabeza de Munuza la envió al califa según costumbre, esponiéndole las causas que le habían movido á esta rápida ejecución.

Desembarazado de este rival, Abderrahman se pone en marcha con su grande ejército, el mayor que se había visto jamás en España bajo los estandartes blancos de los Omniadas. Dirígese por Pamplona y el Bidasoa á los Pirineos, franquea esta inmensa barrera, penetra por los fértiles valles de Bigorra y el Bearnés en los estados de Eudon, duque de Aquitania. El inmenso ejército se derrama como un torrente devastador; Burdeos intenta resistirle, pero es tomada y saqueada, el conde que la defendía cae prisionero, y tomándole por Eudon, los árabes le cortan la cabeza para enviarla á Damasco. Prosigue el ejército sarraceno su marcha terrorosa, pasa el Garona y el Dordoña, y encuentra al fin á Eudon con considerables fuerzas de cristianos: Abderrahman no duda un momento en arremeter á Eudon, y el ejército aquitano queda destrozado. Los sarracenos victoriosos, cargados de botín, marchan sin otro obstáculo que el inmenso despojo, y se presentan delante de Poitiers; penetran en un arrabal y le incendian, pero el centro fortificado de la ciudad se prepara á resistirles. Abderrahman duda si atacar á Poitiers ó marchar contra Tours, cuando vienen á anunciarle que numerosas huestes mandadas por Carlos, hijo de Pepino, duque

soberano de los Franco-Austrasios, marchan á su encuentro unidos con las reliquias del destrozado ejército de Eudon. Los francos y los árabes se encuentran en las vastas llanuras que se extienden entre Tours y Poitiers. Seis días maniobran los dos ejércitos en presencia uno de otro; al séptimo ú octavo se empeña seriamente el combate; Abderrahman, confiado en su fortuna, acomete el primero impetuosamente con un cuerpo de caballería, la pelea se hace general, horrible la matanza por ambas partes, y pasa el día sin declararse la victoria. Reempréndese al siguiente día la batalla; Abderrahman arremete con rabioso brio, y rompe la espesa línea de los austrasios; los robustos soldados del Norte pelean cuerpo á cuerpo con los tostados árabes y africanos.... un tumulto se levanta en las tiendas de los sarracenos; eran las tropas del duque de Aquitania que habían hecho una irrupción por aquel lado: los árabes, temiendo perder las riquezas de su botín, hacen un movimiento retrógrado para defender su campo; este movimiento introduce la confusión; en vano Abderrahman intenta restablecer el orden; haciendo heroicos esfuerzos cae del caballo atravesado de infinitas lanzas; estaba anocheciendo, y las tinieblas vienen á economizar alguna sangre mahometana. Los árabes se retiran silenciosamente del campo del combate: al día siguiente los cristianos hallan las tiendas desiertas, los árabes habían ido en retirada hasta Narbona; el famoso Carlos, lla-



maño despues Martéll, que quiere decir *martillo* <sup>(1)</sup>, pone cerco á Narbona, pero los ismaelitas la defien- den con valor, y le obligan á levantar el sitio con gran pérdida <sup>(2)</sup>.

La derrota de Poitiers, acaecida en 732 <sup>(3)</sup>, puso término al engrandecimiento de los árabes en Occiden- te, y acaso les impidió hacerse los dominadores de toda Europa, que tal habia sido el pensamiento de muchos de sus caudillos. Ella completó tambien el abatimiento de la casa real de Clodovéo, y fué el principio y cimiento del imperio Franco-Germano de Occidente, y la base sobre que Cárlos Martéll fundó la soberanía de la Galia para los herederos de Pepiño de Herestall.

(1) «Por los terribles golpes que á manera de martillo descargó sobre los enemigos en esta batalla, segun la Crónica de Saint-Denis. (2) Isid. Pac. Cron. n. 59.—Conde, Dominac. cap. 25.—Fredegario, Cron.—Anales de Aniano. —Fauriel, Hist. de la Gaule meridion. (3) Conde la pone en 733: las crónicas francas todas en 732.

### CAPITULO III.

PELAYO.—COVADONGA.—ALFONSO.

De 711 á 756.

Los cristianos en Asturias.—Pelayo.—Combate de Covadonga.—Triunfo glorioso.—Formacion de un reino cristiano en Asturias y principio de la independencia española.—Reinado de Pelayo.—Su muerte.—Idem de su hijo Favila.—Elevacion de Alfonso I.—Estado de la España musulmana al advenimiento de Alfonso.—Sus guerras en la Galia con Cárlos Martéll.—Rebeliones y triunfos de los berberiscos en Africa.—Escisiones entre las razas musulmicas de España.—Atrevidas escursiones y gloriosas conquistas de Alfonso el Católico.—Terror de los árabes.—Nueva irrupcion de africanos.—Designacion de comarcas para el asiento de cada tribu.—Renuévanse con furor las guerras civiles entre las razas musulmanas.—Fraccionamiento de provincias.—Anárquica situacion de la España sarracena.

¿Era toda la España sarracena? ¿Obedecia toda á la ley de Mahoma? ¿Era en todas partes el Dios de los cristianos tributario del Dios del Islam? ¿Habian desaparecido todos los restos de la sociedad goda? ¿Habia muerto la España como nacion? No: aun vivía, aunque desvalida y pobre, en un estrecho rincon de este poco ha tan vasto y poderoso reino, como un